



Me decía un amigo, de la docena que me quedan por las calles, comentaba que a él le da mucha más alegría una vez que gana que cientos de ellas en las que pierde. En esta ocasión la ciudad de Salamanca gana dos veces, por cuanto el hasta ahora vicerrector de la Universidad, el Alma Mater, don José Ángel Domínguez, se nos va del equipo rectoral para hacerse cargo por nombramiento directo del Área de la Agencia para la Calidad del Sistema Universitario de Castilla y León; y no es una nominación dactilar tan al uso, conociendo la afiliación política del segundo de a bordo de la Usal, sino por contrastados méritos y más que suficiente preparación. Por tanto, importante llegada de uno de nuestros salmantinos de pro en un puesto de transcendental importancia. Como de señalar es que su ausencia la cubra un ilustre profesor, Enrique Cabero, a partir de ahora nuestro vice-rector. «Espe-



ro estar a la altura», dice humildemente. Por supuesto.

Otro sí digo, para todas las personas que piensan que este escritor tiene algo contra el partido Podemos. Por una vez y que sirva de precedente, el grupo Ganemos en el consistorio salmantino, con dos dedos de frente, presenta un escrito para impugnar y dejar sin efecto la licitación del proyecto del colegio Victoria Adrados, en la avenida de Villamayor, a las puertas de los barrios de san Bernardo y Oeste, donde en el futuro se levantará un centro cívico con aparcamiento subterráneo, algunos pi-

sos para mayores y diferentes espacios culturales y de vecindad (para los vecinos deseo pensar). Dicho proyecto, escriben, «no ha pasado por ningún órgano del Ayuntamiento, un trámite imprescindible que debe hacerse en la administración local». Una forma sencilla de evitar que el día de mañana -me refiero a un par de años- venga un colectivo y denuncie una nueva chapuza como tantas veces ha ocurrido, con ejemplos claros como el Corte Inglés y el Corona Sol. Albricias, señores, si siempre me parecieron ustedes necesarios, pese a que no lo crean,

me reafirmo en su utilidad si no se van por los cerros de Úbeda.

Muchas veces, cuando me pierdo por el Campo de San Francisco en mis despistados paseos, me dan ganas de llevarme conmigo la peonza, la cuerda que enrollaba alrededor de su afilado pico y encontrarme con un competidor de baile de ese singular juego, tratando de partirle en dos su preciado artillugio. O tal vez, de hacerme con una veintena de plátanos de botella de refresco, colocar la foto de un fenómeno de las dos ruedas bajo un redondo cristal y cerrarlo con masilla, para disponerme a celebrar la vuelta ciclista a España, recordando a Bahamontes; y por qué no, jugar al marro, a pico zorro zaina y hacerle después un guiño a las muchachas de quince años que disfrutaban alegres con el escondite inglés. Más tarde a clase en aquellos desventajados hermanos Maristas ubicados en el enorme solar del paseo de san Vicente, desde las cafeterías Pato Rojo hasta la del Danubio Azul actuales. Veredes, querido

Sancho, o escribir tontunas.

Escrito en letras para que suene más: seiscientos sesenta y ocho mil y pico turistas se acercaron a la ciudad de Salamanca durante el pasado año, cerca de un millón si contamos los visitantes a la provincia. Un record, dicen, o insuficientes me parecen si pienso en todo lo que no hacemos «para hacer» más hermosa esta ciudad Patrimonio de la Humanidad. Tras lo mucho que «se ha hecho» para llamar la atención en Madrid, con anuncios en marquesinas, autobuses madrileños e infinidad de actividades en la capital del reino y en otros lugares de la geografía patria, a seguir laborando todos, no solo concejales, diputados y demás cargos; también los salmantinos de a pie, y de a coche, los hosteleros y comerciantes, los jubilados y empresarios, los jóvenes estudiantes y cuantos quieran y amen estos pagos. Porque es labor de todos y a todos los salmantinos nos corresponde, apañados vamos si se lo damos a los políticos. Alegrías.